

gundo, harto liviano y de ninguna utilidad. Voy á intentar una obra paciente al par que amena: la restauración de un tesoro deslustrado y envejecido, del cual han de brotar formas, luces, resplandores, iris, matices no imaginados, grandezas olvidadas, bellezas en malhora oscurecidas. Como el que restituye á su prístina hermosura una alhaja de gran valor cubierta con la pátina de los siglos, así procuraré yo limpiar y dar esplendor á la rica joya de la historia, naturaleza y arte de la pintoresca región que se extiende del Pirineo al límite nordeste de Castilla la Vieja, y á quien las provincias de Aragón, Guipúzcoa y Álava estrechan por oriente y occidente.

Sabios cosmógrafos y geógrafos, eminentes geólogos, mineralogistas, naturalistas y botánicos, han explicado la constitución física de este interesante país y sus producciones, la complicada forma de sus cordilleras, los intrincados cruzamientos de sus sierras, sus elevados valles, sus nieves perpetuas, sus ventisqueros, sus cascadas, sus ríos y torrentes, sus bosques y selvas, su flora y su fauna.—Distinguidos etnólogos han escudriñado los arcanos de las razas que le pueblan, señalado las diferencias entre el éuskaro de la montaña y el navarro habitador de la ribera del Ebro, y entre el navarro y el riojano, y marcado en el mapa de Navarra y Logroño quiénes eran y qué tierra ocupaban los vascones, y quiénes los iberos y los celtíberos antes de la confusión de estas gentes en un solo reino que durante la Edad-media rivalizó en grandeza y poderío con los más prepotentes estados de la península.—Doctos historiógrafos y cronistas han sacado de la oscuridad de los archivos los anales del reino de Navarra, la serie de sus reyes, el hecho singular de la *sunarquía* en el período de formación de aquella corona, y la historia de las instituciones de estos pueblos: han investigado su constitución social, la organización de sus poderes, la antigüedad de sus inmortales fueros y libertades, los hechos gloriosos de los navarros y riojanos dentro y fuera de su país, sus héroes, sus sabios, sus santos: sus hazañas, sus virtudes, sus blasones.

Filólogos ilustres y epigrafistas de celebridad europea fatigan en el estudio comparativo del ibero y del éuskaro, imaginándose unos que ha de prestar el idioma vascuence un grande auxilio á la interpretación de las inscripciones ibéricas, mientras entienden otros que jamás hubo nada de común entre los iberos y los éuskaros ó vascones.—Laboriosos antologistas por su parte, imitando la útil tarea de la abeja, han recogido en bien ordenados florilegios la fragante y espontánea evaporación del numen popular del país vasco, condensada en cantos, cuentos y tradiciones de la más delicada poesía.—En estas materias nada nuevo me es dado hacer, y á lo que ha de reducirse mi empeño es á agrupar las más interesantes nociones; á dar relieve, color y luz á los hechos más dignos de ser notados; á destacar de la tinta neutra en que yacen hundidos, los hermosos y elocuentes cuadros del patriotismo éuskaro-navarro y riojano en los días de sus épicas conquistas y triunfos. Procuraré restituir su perdido brillo á la joya puesta en mis manos para que muestre sus primores al público deseoso de amena instrucción ó meramente curioso; y de los que me han precedido en el encargo de exhibirla bajo sus diversos aspectos, científico, histórico y literario, tomaré sin empacho cuanto convenga á mi propósito de condensar en un solo cuerpo, breve, proporcionado, armónico y de fácil uso, todas las bellezas esparcidas y diseminadas en multitud de obras que el más paciente lector se cansaría de recorrer y confrontar.

El resultado de mi modesto procedimiento será principalmente útil á los aficionados á las obras de arte. En esta materia tengo muy pocos guías á quienes seguir, y ninguno que me muestre el cuadro general apetecido. Esta será la parte ó aspecto de la joya que más brillo é importancia adquirirá al salir de mis manos, porque hasta hoy nadie se ha consagrado de una manera especial á trazar la historia y hacer la descripción de los monumentos arquitectónicos del país que riegan el Ega, el Arga, el Aragón y el Ebro; aunque bien valía la pena de ha-

berlo hecho considerando la inmensa riqueza que en él atesoraron once siglos de prácticas y procedimientos artísticos, desde el sobrio estilo visigodo que erigió un santuario benedictino sostenido en sencillos arcos de herradura desnudos de todo ornato, hasta el licencioso barroco que amontonó fantasías decorativas de arquitectura y escultura de exuberante talla dorada en la mayor parte de los altares de sus iglesias.

Quisiera, lector benévolo, poner ante tus ojos el conjunto más acabado y perfecto de esta joya cuya restauración me está encomendada. Figúrate que voy á enseñarte una suntuosa pieza de orfebrería del Cellini ó de Juan de Arfe, de Etienne de Laulne ó de Becerril; ó una gran fuente esmaltada de Jean Pénicaud ó de Léonard Limosin; ó una soberbia miniatura de Gossaert ó de Loyset Lyeder, de Horebout ó del Cozzarelli; ó un magnífico retablo al olio de Van Eych ó de Vander Weyden; y que este precioso objeto está dividido en gran número de compartimentos, ó medallones, ó tableros, representando cada uno su cosa determinada. Elijamos el retablo, si te parece, como término de comparación el más adecuado á mi propósito. En este retablo, cuyo cuerpo principal ocupará todo lo relativo á Navarra, desarrollándose en el basamento ó *predella* lo concerniente á la provincia de Logroño — que hasta la posición geográfica de ambas provincias, separadas por la corriente del Ebro, se presta á esta comparación, — te mostraré á medida que vaya sacándolos á su verdadera luz, restituyéndoles su colorido y entonación vigorosa, los diferentes cuadros que reclaman tu atención.

Verás en las tablas de la primera y más alta zona encantadoras manifestaciones de la más poderosa y variada naturaleza, paisajes cuales no los idearon Patinir ni Walkenburg, ora grandiosos é imponentes como los de Jacobo Ruysdael, ora apacibles y risueños como los de Hobbema: escenas contrapuestas, las unas de espantosos dramas, las otras de venturosos idilios. Á las vistas de las gigantescas montañas, de las dilatadas sie-

rras de desnuda roca perpendicularmente tajadas por las aguas corrientes, y de las seculares selvas cuyas profundidades sólo registran los pájaros, las alimañas y los ríos, acompañarán las de los deleitosos valles siempre tapizados de verde grama y de aromáticas plantas, mansión de perpetua felicidad solo interrumpida cuando la codicia invasora asoma por sus horizontes con máscara de reforma, ya religiosa y moral, ya política, ya administrativa. Con estos cuadros hacen juego escenas tomadas de la naturaleza humana, en que se manifiestan los contrastes de raza, las diversidades de costumbres entre montañeses y ribereños, sus aptitudes, sus caracteres, sus cualidades, sus creencias, sus supersticiones. Porque así como advertirás la ferocidad del vascón salvaje, albergado, allá en los días de Carlomagno, en la caverna del alto peñón como el águila en su enriscado nido, así echarás de ver la mansedumbre, la lealtad y la nobleza del vascón educado y culto de nuestro tiempo. — Vivían los progenitores de aquél sin religión, ó bien infectos de la idolatría de los aquitanos, que personificaban y convertían en dioses todos los fenómenos benéficos del mundo material puesto á su alcance; mientras que los de éste, al menos desde que Navarra fué verdadero Estado, abrazaron la religión cristiana con una fe y una exaltación que con frecuencia les llevó á dar por ella haciendas y vidas. Esto no impide que coexistan con el cristianismo, en la gente sólo civilizada á medias, groseras supersticiones, restos de la antigua demonolatría, que van lentamente desapareciendo, como por ejemplo la creencia en las brujas y en sus aquelarres: por lo que contemplarás con asombro diabólicas escenas que el pueblo crédulo é ignorante de la montaña se imagina estar atornando en determinadas noches de luna de otoño la nevada cumbre de Archuri (1). Juntamente con los aquelarres, á que concurren las muchachas de Sara y de Urdax, y cuantos brujos y brujas (*sorguinac*) comprende la Navarra vasca desde el Roncal

(1) Peña-plata.

y Salazar hasta la Borunda, niños, adolescentes, hombres, mujeres, viejas harapientas y lardinosas, tiznadas de hollín, dentadas, narigudas y pelonas, con víboras enroscadas al cuello ó con lagartos en los arrugados y colgantes pechos, turba adoradora del monstruoso hombre-chivo á quien al són de la chirola y del tamboril van besando todos debajo de la cola, verás en los primeros recuadros de mi gran retablo otras escenas en que el éuskaro descubre extrañas afinidades con el turanio, el indio y el egipcio, como las que se revelan en las tradiciones del *Tártaro*, del *Heren-suge*, del *Basa-jaun* ó señor salvaje, de la *Basa-Andre* y de las *Lamiñak*. Estos cuadros te darán á conocer todo lo referente á las leyendas de carácter maléfico é infernal.—Otros, menos terribles, te descubrirán la encantadora mitología del pueblo éuskaro, derivación visible de la helénica y de la escandinava, con sus hadas y sus peris, y el hermoso Ariel, espíritu benéfico y tutelar, y la ideal Maitagarri, hada protectora de los enamorados, que llevando á la región de las nieves perpetuas y de los aludes la delicada y embriagadora fragancia de los floridos valles de la Arcadia, se briza entre vapores al borde de las altas crestas donde imperan el condor y el buitre, como se mece al viento la amarilla camomila asomada al insondable abismo en que se precipita la cascada.—Completan el cuadro de la índole idealista del pueblo vasconavarro, sus poetas y sus músicos. No tiene el país en verdad nombres ilustres de poetas de alto estilo, ó sea de escuela y de academia, que poner en parangón con los de Cataluña, Aragón y Castilla; pero el gran poeta de Navarra es el pueblo que se cría y educa en la escuela del campo, de la fragua y del taller, y que tiene por ruidosas academias las ferias y las romerías; que modestamente oculta la planta donde brota la flor, y rara vez entrega los nombres de sus incomparables *versolaris* á la bocina de la fama. Verás cómo chispea el numen de éstos en los entretenidos certámenes al aire libre que se celebran en Vera y en Elizondo, en Sara y en San Sebastián. En cuanto á músi-

cos, pocas provincias de España los han producido iguales.

Siguen á los tableros en que se da razón de la naturaleza del suelo, de los habitantes y su índole, y en zona diversa, los destinados á representar su historia. Prescíndese aquí de la parte más antigua, sumergida en las nieblas de la fábula, y se abandonan de consiguiente por estériles los trazos y contornos que habían de marcar conjeturas acerca de las dominaciones ibérica, vascona y céltica. Aun la púnica y romana, donde empieza la evidencia, se da al olvido, porque la alhaja que restauramos no presenta asuntos tomados de la historia de la España sometida á extranjero yugo: de aquella infeliz España, patrimonio de rapaces pretores y procónsules, ó de delegados imperiales no menos depredadores, dividida primero, bajo la república, en dos provincias, citerior y ulterior; luégo en tres, por Augusto, la Tarraconense, la Bética y la Lusitana; después por Vespasiano en cuatro, desmembrados los galáicos de la Tarraconense; y por último en cinco, en el siglo IV, por la segregación de la Cartaginesa, para formar estas cinco provincias, con las Baleares y la Mauritania tingitana, una de las tres grandes diócesis en que se repartía la prefectura de las Galias.

Nuestra historia de Navarra comienza con la Edad-media, en que los pueblos Bárbaros que invaden el mundo latino fundan los nuevos reinos del Occidente, y entre estos la poderosa monarquía visigoda, para la cual fueron los vascones lo que es para la espaciosa tabla de caudaloso río un revuelto y constante remolino, producido por un surtidor de agua extraña, que turba su majestuoso curso.

Los romanos, más poderosos y más políticos que los visigodos, los tuvieron sujetos cuando, destruído el imperio de Cartago por Scipión, el cónsul L. Lúculo, en el año 147 antes de Cristo, los domeñó juntamente con otros pueblos independientes, consignando entonces la historia por primera vez la noticia de estas gentes del norte de España con el nombre de *cántabros*. Volvieron á sujetarlos, porque ellos sacudieron el

yugo romano al empezar la guerra de Sertorio, y más adelante al unirse con los aquitanos contra P. Craso, el legado de César, 51 años antes de Cristo, bajo el consulado de Pompeyo y Craso, causándoles una mortandad de 38,000 hombres y quedando los vencidos por disposición del Senado bajo el gobierno de Pompeyo; el cual tuvo el talento de granjearse la voluntad y afecto de la provincia. Agradecidos los vascones á este esforzado general y hábil político, siguieron su partido cuando estalló la guerra entre él y César, peleando bajo las banderas de Afranio y Petreyo. Muerto Pompeyo y arruinada su parcialidad, César, no menos hábil que su adversario, trató con generosidad á los vascones, y contento con el destierro de sus caudillos, dió facultad á los demás para volver á sus hogares, con orden de que se les restituyesen sus bienes. Esta conducta hizo en ellos tal impresión, que miraron en adelante como un deber sagrado la fidelidad al pueblo romano. Constantes en ella, no tomaron parte en la guerra que los hijos de Pompeyo movieron á César, y no hay indicio de que se unieran á los cántabros contra Augusto.—Permíteme, lector amigo, ya que he entrado en un preliminar histórico ajeno á nuestro cuadro, pues según te tengo advertido no comprende éste nada relativo á la España romana, nación sometida á potencia extraña; permíteme, repito, que recordando la lección (que la moderna política de nuestro país desaprovechó en mal hora) de cómo se condujo César con los vascones después de vencerlos, deplore amargamente que no la aprovecharan nuestros gobernantes al terminar con el abrazo de Vergara la primera guerra carlista que ensangrentó el suelo navarro en el presente siglo. Si no hubieran ellos cerrado los ojos á los ejemplos de una historia de que había sido teatro aquel mismo suelo diez y nueve siglos antes, no hubieran encontrado allí partidarios los *nuevos hijos de Pompeyo* treinta años después.—César, sagaz hombre de Estado, fió á los vascones sojuzgados la guardia de su persona, y de la misma ciudad de Roma hasta la muerte de Antonio, y

ellos se hicieron cada vez más dignos de tan honrosa confianza por su inquebrantable lealtad. Eran, pues, los vascones de aquel tiempo peninsulares tan romanizados como todos los demás, y permanecieron unidos al imperio hasta la ruina de éste, ó más bien hasta el año 448 de la era cristiana, sin que en tan largo tiempo se turbara la paz.

No así con los visigodos. Reciarío, rey de los suevos, en el referido año 448 penetra violentamente en la Vasconia talando el país, según refiere Idacio. Diez y ocho años después, Eurico, rey de los godos, trata seriamente de someter la parte de la Tarraconense que seguía la voz del Imperio, en la cual se hallaba la Vasconia comprendida, y dirige contra ésta sus armas apoderándose de la romana Pompeiopolis. Pero los vascones no por esto se someten, antes bien recobran la agreste independencia de que quinientos años antes habían hecho tan fieros alardes contra el poder de Roma, y con alternativas de derrotas y victorias continúan hasta la extinción de la monarquía goda en las orillas del Guadalete dando muestras de su indomable virilidad. Antes del reinado de Wamba no pudo decirse con exactitud que la Vasconia quedara sometida á los visigodos, y aun es dudoso que después lo estuviera: lo cierto es que los vascones, siempre inquietos y turbulentos bajo todo yugo impuesto, aunque en algunos períodos de su historia aparecen en paz con sus dominadores, por lo general conservan su salvaje autonomía. En tal estado se encontraban cuando la irrupción agarena cubrió como un desbordado torrente todas las comarcas peninsulares, exceptuada la fragosa región pirenaica. Los vascones de la montaña repelieron constantemente las embestidas de los musulimes, y cuando la restauración de la corona gótica comenzaba en Asturias por el esfuerzo de Pelayo, en el Pirineo, donde nunca había imperado de lleno la gente goda, y donde no llegó á enarbolarse de un modo permanente el estandarte del Islam, continuaba el éuskaró en la situación misma de libertad é independencia en que había quedado al hundirse el